

El viaje literario

(De la cartera de notas de un crítico)

Bórquez Solar y el poeta González



L poeta Bórquez Solar se asombra — se asombraba es preciso decir, porque esto lo escribía en el diario «La Ley» en 1895— de que su amigo del alma, el poeta Pedro Antonio González, se viera obligado a colocar avisos como este: «Pedro Antonio González, hace paso de filosofía, historia, gramática y literatura. Dirección por Correo. San Diego 48 1/2».

¿Por qué ese asombro? Al menos hacía paso de estudio. Buscaba cómo hacer frente a las penosas contingencias de su vida enseñando algo que sin duda, le era grato. ¿Pensaba acaso Bórquez Solar, que el autor de «Ritmos» debía vivir como un rentista? Entonces como hoy eso era para un artista, cosa bastante difícil. La creación literaria nada tiene que ver con esas granjerías. Lo probó el mismo González cuya vida lamentable se arrastró durante muchos años, por los más os-

curos tugurios, y, a pesar de ello, realizó una obra, cuya calidad lírica en su época y aun más tarde, ha sido calificada con gran elogio. El renovador del ritmo lírico en Chile nunca tuvo quietud. Desde las mesas de los bares lanzaba al viento sus alegorías y sus símbolos. Saludaba a Pasteur, a Dante, a Matta, al Progreso, a la Ciencia, en las cuádrigas tumultuosas de sus versos llenos de vocablos hasta entonces desconocidos para los poetas versallescos que merodeaban en Santiago. Si hubiera sido un poeta con rentas excesivas tal vez no hubiera logrado la admiración unánime, especialmente de la juventud estudiosa de aquellos años que le seguía de lejos, sintiéndose humanizada no sólo en el verbo doctrinario y altisonante del desgraciado poeta sino en el dolor romántico de su existencia llena de privaciones y sufrimientos...

No era González hombre de círculos o de academias. Vivía en continuo aislamiento y sólo algunos íntimos tenían el privilegio de acercarse hasta su huraña soberbia. Su faz era la de un Cristo maltrecho, con su barba espesa y su palidez, y con aquel ojo estrábico que tenía algo del desdén o de la ironía del que intenta huir del sombrío espectáculo que le rodea. A veces hace falta al poeta el sufrimiento y la injusticia, para sentirse empujado hacia una creación más honda y más humana. Los contemporáneos sabían de la existencia del vagabundo lírico sólo a través de los poemas que aparecían en algunos diarios de la capital y que los jóvenes y doctrinarios devoraban estremecidos de fervor.

Se contaban anécdotas de su existencia y estas anécdotas en lugar de empequeñecer la figura del poeta, la enaltecían. El poeta de guante blanco o de jaquet no alcanzaba a conmover a ninguno de los devotos de la poesía. González sufría el tormento de algún sino fatídico, puesto que si sus voces iracundas vibraban desde el fondo trágico de los arrabales santiaguinos, era porque ni la miseria ni la soledad habían sido capaces de anular su vigoroso ímpetu lírico.

«Cierta día—escribía Luis Galdames en la revista «Pantesis» en el número 5 de esa publicación—un discípulo llega a Ministro, le manda a ofrecer un empleo pidiéndole que vaya a verle a su despacho. El poeta responde: «que venga él a verme y a hablarme». Por cierto que no pasó nada. El Ministro no fué y el poeta, a su vez, tampoco acudió a la cita. La noticia de este suceso corrió rápida produciendo en los admiradores una extraña impresión, mezcla de regocijo y de estupor y en los beocios una nueva explosión de censuras. En su pobreza y en su aislamiento, era el poeta la personificación de la dignidad que no se abate ni aún ante la dádiva. El vivía en el fondo de su reino, como un Júpiter tonante. El no descendía hasta el plano vulgar en que se acomodan las granjerías y las excelencias de la vida burocrática. Contra aquello estaba la orquestación wagneriana de su «Dantesca» y contra los que olvidaban que el poeta era algo más

que un hombre, vibraban las sonoras cuartetitas de su «Pasteur».

En el artículo citado añade Galdames algunos pormenores de la existencia dolorosa de González. El abuso del ajeno y del cognac le ha llevado por fin hasta el lecho de la sala común de un hospital. «El hospital le asfixiaba—escribe Galdames—había ido allí a morir». Nada más ¿Y enfermo de qué? Los doctores dijeron que tenía muchas afecciones. Los que lo conocíamos sabemos bien que murió de tristeza, de desesperación, de miseria... La sociedad alta, dispensadora de todos los honores presentes, lo había visto pasar como un ave rara, siempre cantando sus desolaciones y sus entusiasmos, las menos de las veces sus entusiasmos. Fué preciso que otro poeta, otro vagabundo, Isaías Gamboa, que presentía ya ser carne de hospital le dijera desde la tribuna del Ateneo, días antes solamente de la muerte de nuestro González:

Oíd!, hay un poeta que se muere.
Sabed! Ese poeta es una gloria...

Pero era demasiado tarde.

Cierto. Demasiado tarde. Ninguna sociedad se ha conmovido frente al destino de un poeta. Ni aun esas sociedades cultas que vieron morir a Verlaine, que martirizaron la vida del pobre Musset, se burlaron del indio triste que era Darío o arrojaron el baldón sobre el cuerpo torturado de Poe en las calles de

Baltimore. Galdames se dirigía a la clase alta, ¿por qué? ¿Qué tenía que ver la clase alta con este poeta al que ni siquiera conocía y del que seguramente apenas si había leído alguno que otro verso? A un poeta le basta con algunos amigos afectuosos. Serán los únicos que le asistan en la hora de su agonía y serán los únicos que comprendan su destino. A veces basta un solo amigo. En ocasiones sobra hasta ese único amigo.

Con sus imágenes más téticas o más luminosas González agoniza en la cama de la sala común, a donde van los que carecen de un nombre, entreteniéndose en seguir la huella de un rayo de sol, en el atardecer, sobre el marco de la ventana o embriagándose en el pálido reflejo de la luna que vibra sobre el jardín del hospital... Está solo, definitiva e irremediabilmente solo...

Fué Cabrera Guerra el que estuvo más cerca del poeta. Un espíritu fino, cultísimo, enamorado de la vida y al que la vida también ofendió amargamente llevándolo, por fin, a desvanecerse en el manicomio, perdida la razón, víctima de ese mismo goce físico al que fué tan adicto y que debía pagarle con tanta brutalidad. Cabrera Guerra — el pobre Guerrette — le ayudó en la desgracia y le sostuvo mientras el poeta sufría en su corazón la mordedura de ese verme oculto que nace y se alimenta en la desolación y en el escepticismo. Cuando González se entregaba a los paraísos artificiales que en él encendían el ajeno y el cognac, era Cabrera Guerra el que lo amparaba y lo llevaba como a un niño hasta su bohorda sucia. Allí le acomodaba

en el camastro y le dejaba tendido hasta la mañana siguiente. Hasta que se entregaba, de nuevo al mismo e imperioso suplicio de olvidar.

No hay en la obra de González nada que recuerde esta vida zaparrastrosa. No ilumina la noche un solo resplandor de aquella bohemia trashumante que le lleva y le trae, a través de las mesas de los bares. Levanta su ímpetu lírico, como si en la inconciencia una mara fina apartara su espíritu del contacto pestilente del bar. Su verbo sonoro canta la cosas excelsas, mientras el cuerpo yace doblado sobre la mesa en la cual escribe.

La noche de bodas, por ejemplo, es la más trágica de su vida. Esa noche de bodas cantada y vuelta a cantar por los poetas y los soñadores no es para González sino una noche más, un bregar sin término por todos los figones humosos en los cuales zumba el moscardoneo de los que como él buscan la ilusión del olvido. El hombre físico no quiere saber nada de la pobre niña que ha sido llevada a la bohardilla sucia del poeta. El hombre físico sin delicadeza alguna, como el más vulgar de los hombres, abandona esa primera noche a la novia, y retorna al amanecer convertido en un guiñapo humano. Profiere gritos destemplados, aúlla ebrio de alcohol y de ira, y sonrío luego en la lívida planicie de su rostro barbudo. Pero no parece hombre ya, es más que otra cosa, la violencia del hombre que se busca sin encontrarse, que odia la vida y es

incapaz de salvación. La novia está sentada al borde de la cama, con el estupor y el terror en su rostro, con los ojos como alucinados, agobiada en la espantable realidad que ha descubierto en el calvario de esa noche . . . Y nótese que, cuando meses más tarde, se separa para siempre del hombre—no del poeta— un solo camino la recoge: el que va recto a la carpa de un circo pobre. La novia se convierte en la equilibrista de un grupo de titiriteros cuya errancia la lleva a lo largo de los poblachos oscuros y sórdidos . . . haciendo cada noche cabriolas y contorsiones frente a los públicos que la miran indiferente . . . Nadie sabe acaso que fué la mujer del poeta González. Nadie alude jamás a esa jornada . . . nadie sospecha la cruel verdad.

¿Y para qué? Muy pocos en la capital, sólo algunos íntimos, entre ellos Cabrera Guerra, conocieron esta tragedia. A nadie tampoco le habría importado nada, de haberla conocido. Ocurrían tantas iguales en el fondo de esas intimidades domésticas que constituyen una comunidad. Exactamente igual ocurría al pobre Lelian en París, sumergido en la modorra verde del ajeno o a Poe, abandonado como un bulto en las calles de Baltimore. La sociedad santiaguina tenía otros poetas para su consuelo, poetas superficiales, de comodidad y de fortuna. Para ellos, que hacían vida social, que tenían amigos en el Club o en los salones, rimadores frívolos, todas las excelencias eran pocas. Diez años antes el indio Darío sufrió también la indiferencia del me-

dio. Tuvo íntimos que le sostuvieron en su penosa vía crucis, amigos poderosos como Balmaceda Toro, hijo del Presidente, pero nada más. La sociedad permaneció hermética y el nicaragüense que estaba adiestrando sus alas para la gran renovación lírica, solía como González, desaparecer días y días del centro de la ciudad en el cual se condensaba la vida múltiple de la capital y se le encontraba en bares sórdidos, junto a anónimos zaparrastrosos con los cuales alternaba en esa promiscuidad característica de los bebedores.

Los versos de González no eran para la musitación íntima, para el ensueño confidencial. Rugían en acordes estruendosos y parecían hechos para ser gritados desde la cumbre de una montaña a multitudes atónitas. Los versos más íntimos fueron los menos valiosos en la tónica del poeta. González hombre culto para su época, transformó en verbo las inquietudes doctrinarias de su tiempo y arrastró, como en una alucinación, a las masas jóvenes que le leían con avidez o que recitaban en reuniones políticas y entre los obreros que comenzaban a agitarse, los poemas consagrados al Progreso, a Matta, a Pasteur, a Martí o a las figuras y sucesos históricos de relieve. Versos de muchedumbres, magníficos de sonoridades imprevistas, ruidosos y armónicos. Era natural que el poeta congregara la admiración de la juventud. Los versos de los poetas comunes de Santiago de que aparecen llenas las revistas del tiempo, estaban

hechos con todas las vulgaridades del lenguaje, anodinos, pestilentes de cursilería y de mal gusto.

La renovación la había provocado González en la valoración de ciertos conceptos fundamentales e introduciendo no sólo vocablos nuevos sino la selección de los temas doctrinarios. Los versos eran fáciles, musicales, sabiamente contruídos y las rimas se perseguían armónicas como en una fuga magnífica. Ponia pues, al alcance de las masas, los progresos de la ciencia y levantaba, como en el caso del libro de Valentín Letelier, «La Filosofía de la Educación», publicado por aquellos días en medio del desborde pertinaz de la reacción conservadora, un monumento lírico, musicalizando, si así pudiera decirse, la intención y la filosofía de la obra del célebre educador. Comenzaba, así su poema:

Lo leí. Lo hallé audaz. Lo hallé soberbio,
la idea estalla, la palabra quema.

Es todo vibración. Es todo nervio.

Es doctrina. Es protesta. Es anatema.

González murió a las tres de la tarde del día 3 de octubre de 1903, en la sala común del Hospital San Vicente. Rodeaban su lecho algunos íntimos, estudiantes de medicina y periodistas. La agonía fué larga, dolorosa. Como Cristo, pidió agua. Le alargaron un vaso, bebió un sorbo y dijo «voy a dormir». Luego se hizo acomodar sobre los almohadones, se puso un poco

de costado y al cabo de unos minutos expiró. Hacía un día claro y luminoso. El mes de octubre de Santiago, iniciación de la primavera calma y tibia. El lecho estaba separado del resto de las camas por unos biombo que habían sido colocados allí, para aislarlo de esa promiscuidad que no le impidió, sin embargo, oír los lamentos de los enfermos y asistir a veces en los días que allí permaneció, a la agonía de sus vecinos de tormento. Él contó que algunas veces vió sacar a los muertos recientes. El poeta de tantos versos populares ya en la admiración, apenas si pudo estar solo, y apenas si pudo sentirse elevado en la soledad que es la agonía:

No sé quién de otro mundo al fin me llama
de este mundo que no amo y que no me ama...

Había cantado no hacía mucho, presintiendo el fin y doliéndose de esa amargura que le acompañó siempre. Los amigos recordaron a menudo su gran bondad, su corazón lleno de mieles generosas. Pero era de la pasta de los que no pudieron vencer en sí mismos, el mal que lo aquejó y que le llevó a extremos angustiosos. Había nacido entre los cerros ariscos de un lugar de la cordillera de la costa, en Gualleco, tierra fértil, de huertas y de montañas. No tuvo sino una breve intimidad familiar. Después fué llevado de su rincón natal a Santiago. Había en él un verme que le roía las entrañas y que ha hecho la desgracia de tan-

tos hombres en Chile. Ese verme fijó en su rostro la marca de la hurañez, lo que daba en él la apariencia de un hombre dominado por una rara severidad. No tenía efusiones, era callado y recogido, y para dominar el demonio que le atenaceaba de continuo, buscaba el sosiego en la bebida.

Los estudiantes de medicina que le adoraban porque había cantado a la ciencia y al gran Pasteur — ellos se sabían de memoria sus poemas y los recitaban en todas partes, sintiéndose amparados en la voz del poeta—le velaron en una hermosa capilla ardiente erigida en el pórtico de la Escuela de Medicina. La urna murtuoria, según decía un diario de la época, era una hermosa obra de arte enchapada en metal blanco. La tapa tenía una plancha con el nombre y las fechas del nacimiento y la muerte del poeta. El túmulo estaba rodeado de colgaduras negras y cubierto de flores. Volcaron la primavera en aquel recinto y el pueblo que siempre llega silencioso para rendir homenaje a los muertos que por instinto sabe que le pertenecen, estuvo presente en la jornada final. La muchedumbre siguió a pie la carroza en una larga y compacta caravana, desde la Escuela de Medicina al cementerio. Algunas mujeres arrojaron flores al paso del cortejo... Las mujeres que él no pudo amar. Las mujeres que conocían sus versos de *El Album*, recitados de memoria por todas las chiquillas de los colegios y por las costureras y empleadas y gentes de esa clase media que lo amaba de lejos, sin conocerlo.

Este paréntesis sobre González que abrió Bórquez Solar, lo cerrará él mismo con las palabras emocionadas que pronunció ese día en el cementerio. Bórquez Solar que le imitó hasta donde pudo o hasta donde las fuerzas líricas le permitieron, que fué uno de los íntimos, que le acompañó muchas veces por las calles santiaguinas declamando ambos a gritos entre la pálida bruma del amanecer, los versos que componían, entre otras cosas dijo:

«Porque hoy te has puesto la blanca vestidura en la liberación de esta esclavitud, en la ignominia de la vida . . . » .

«Porque hoy que has puesto término a tu odisea, sabio y pobre Ulises, vemos más claramente todo el dolor de tus sendas, los llantos que lloraste, los sufrimientos que padeciste, los sudores que sudaste, las miserias que te lapidaron, el desprecio con que te despreciaron, los taladros con que trucidaron tus bellas manos y tus bellos pies . . . » .

Siempre la invocación de Cristo, del pobre Cristo crucificado, como todo buen poeta.



Una sombra en Blest Gana

Un crítico—Hernán Díaz (Alone), expresó en una ocasión su desencanto por la vulgaridad del estilo de Blest Gana. O mejor dicho, no tanto la vulgaridad como la extraña insinuación «siútica» que él encuentra a veces, a lo largo de la obra del que ha sido llamado

«el padre de la novela chilena». El estilo de Blest Gana es sencillo, un poco plano. Es un narrador que no se distrae y que necesita tener el pulso firme para manejar sus intrigas. Nuestro novelista que quiso imitar a Balzac, no pudo en realidad seguirlo en esa voluntad imperiosa del francés que impregnó su estilo con un resplandor sanguíneo.

Pero por qué es siútico, él especialmente? Blest Gana escribía para una sociedad un tanto siútica. He aquí la más visible de las razones. A Blest Gana no lo habrían entendido o quizá no lo habrían leído con tanta devoción sus innumerables lectores del siglo pasado y aun del presente, si el tono blestganiano no hubiera estado a tono con el de la sociedad chilena. La aristocracia y la clase media han sido poco afectas al «flaubertismo». En general los escritores chilenos han hecho pocas concesiones al público en punto a estilo. Algunos de ellos han sido estetas, si no completos, por lo menos muy preocupados de hacer un rico estilo. Blest Gana no tuvo esa preocupación, que se sepa. Fué natural como la vida que él conoció, simple con los sentimientos que nutrían el corazón de aquella sociedad y tan limpio de alma literaria como los patricios o las madres o los potentados que llenaban la existencia santiaguina de mediados del siglo pasado. La realización de un estilo brillante o elegante no es cosa de poco más o menos y no se logra sino después de arduas batallas consigo mismo. Remy de Gourmont decía que el estilo es una victoria difícil. En ocasiones es la so-

ciudad la que da el tono, la que infunde una devoción secreta y profunda por los ricos estilos. La conversación de las gentes, los diálogos, las palabras que se emplean a menudo, los giros, la sátira y aun la ironía, concurren a formar la sensibilidad del escritor; esa especie de segunda naturaleza que es en realidad, un estilo personal y diferenciado. En ocasiones es cuestión de raza.

Gran parte de la sociedad chilena, solía realizar viajes continuos a Europa, se impregnaba con el encanto de la vida parisién, pero al regresar lo hacía con los mismos sentimientos que había llevado. Esto sin duda, es una ventaja para la fortaleza de la familia chilena, aunque sea una desventaja para el estilo de los escritores. Los escritores se forman ese estilo a fuerza de lecturas. Los buenos libros, ciertos estilistas europeos que algunos leen y releen contribuyen a formarles una modalidad especial. Pero no es esa toda la cuestión. El marco de la sociedad chilena ha sido suntuoso. Muebles, decorados, vajillas, licores, vestidos, eran traídos de Europa hasta no hace mucho. Si ahora no ocurre lo propio ello se debe a múltiples y complejas razones. Pero en verdad, si el marco estaba bien, el espíritu no lo estaba tanto. Lo prueban los frutos, y los frutos son siempre los artistas; y especialmente los escritores. Yo podría ahora escribir acerca de los escritores de clase media y de aristocracia. Podría establecer las diferencias de estilo, la ausencia de

elegancia de forma, en unos y en otros, pero no es esta la oportunidad.

En los salones literarios se cultivan dones superiores; se pueden encontrar los elementos de constitución más complicados para dar vida a escritores capaces de realizar ese estilo que en Francia, por ejemplo, ha sido proverbial. Pero, si en nuestra sociedad se habla con corrección, no se habla con elegancia. Aun más, se habla a veces con aspereza, con vulgaridad. Recuerdo a una señora de grandes campanillas cuyas voces yo oía desde un piso que arrendaba. Si no me tapaba los oídos era porque desgraciadamente la vida me ha acostumbrado a oír sin sobrecogerme, las más despampanantes barbaridades de lenguaje. Aquella señora cuyas hijas eran bellísimas, se expresaba sin escrúpulo de ninguna especie en la forma más vulgar posible. Y bien, esta señora es igual a la señora de menos campanillas e igual también, a la señora sin campanillas. Porque en Chile no hay cuidado alguno por el lenguaje y lo mismo en la intimidad que en los salones públicos o en las reuniones, las conversaciones no son un modelo de elegancia.

Muchos de los novelistas que sucedieron a Blest Gana, padecieron del mismo mal del maestro. Hay libros escritos por hombres de indudable cultura o situación social que son modelos en cuanto a vulgaridad y cursilería. Un novelista que escapa, hasta cierto punto y en forma curiosa a esta ley, es Vicente Grez, en el cual se advierte un intento de superación del género costumbrista. Grez escribe con soltura y es liviano y

nada vulgar. Sus maestros han sido otros y su estilo por supuesto, ha recibido la influencia de un ambiente literario distinto del que gravitó sobre Blest Gana, durante su formación literaria. Grez escribió fuera de la influencia romántica en que vivió el padre de la novela. Cuando Grez escribe su primer libro ya el realismo ha ganado la jornada en Europa y los ecos han repercutido con más apresuramiento en Chile. No hay sino leer los avisos de librerías de los diarios de 1885 adelante para comprender este fenómeno. Se anuncian obras de Daudet, Banville, Zola, Maupassant, Goncourt, Galdós, Palacio Valdés, Gogol y otros. Es decir, la generación realista que determina una renovación en todas partes de los métodos novelísticos y por supuesto, de los caracteres de estilo. Cuando se publicó «El ideal de una esposa» en 1887, de Vicente Grez, se produjo un aplauso unánime y se dijo que, por fin, había aparecido el novelista que Chile esperaba, después de Blest Gana. El novelista psicólogo que hacía falta. Ciertamente es que Grez no satisfizo las esperanzas, pero puede decirse que es el precursor del género que por lo demás ha tenido muy escasos cultivadores en Chile. Grez no alcanza la fuerza de Blest Gana en la composición de los cuadros, ni domina tan certeramente el panorama total de la vida chilena, pero es un buceador de almas, un humorista a ratos y un sentimental para el que el análisis psicológico tiene un lugar preponderante en el campo de la novela.

El marco social fué suntuoso, como he dicho, pero casi siempre copiado de Francia, a donde se dirigían las familias santiaguinas. Pero las modalidades, el alma, el espíritu, las costumbres continuaban siendo coloniales, o sea, españolas. Nuestra cultura en general fué de influencia francesa. Y no bastó para borrar esa pinta jaspeada del vulgarismo que parecía provenir también de la influencia constante del aborigen. Blest Gana sintió en sí mismo, acaso sin él darse cuenta, la influencia viva del ambiente. Esta influencia, estos ribetes un si son no son cursis que nuestro crítico ya mencionado, encuentra como desencanto en los libros del «padre de la novela chilena».